

La religiosidad de Jimena Menéndez Pidal

ANTONIO LAGO CARBALLO *

Nos reúne aquí el recuerdo de Jimena Menéndez-Pidal, cuya vida y quehacer están presentes en la memoria de todos nosotros. Las intervenciones de esta tarde están centradas en la figura de Jimena como educadora y, de modo muy concreto, como fundadora —con Ángeles Gasset y Carmen García del Diestro— del Colegio Estudio. Cuando Elvira Ontañón primero y luego José García Velasco me invitaron a participar en este acto, lo hicieron por mi relación de amistad y afecto con Jimena, lo que me permitió conocer lo que podría llamarse su creciente y profunda religiosidad. Nuestra relación se inició en 1954 cuando mis hijos mayores comenzaron a ir al Colegio en la calle Oquendo. Más tarde, y después de la ausencia de cuatro años, al regresar a Madrid a finales de 1963, además de verla en el Colegio, me encontraba con ella, y con su fiel amiga Carmen Vallina, en la Iglesia del Espíritu Santo en las misas de dos amigos sacerdotes: Maximino Romero de Lema y Carlos Castro. Mas a partir de 1973 nuestra relación se intensificó por participar ambos en el núcleo inicial de amigos del Monasterio de monjas cistercienses de Buenafuente del Sistol. De ese grupo de amigos —de los que sólo nombraré a cinco ya fallecidos: María Elena Gómez Moreno, José Luis Fernández del Amo, Narciso Yepes, César Román y Leopoldo Arranz —surgió la iniciativa de reunirnos en torno al altar de la capilla del Sanatorio del Rosario —en el que hoy hace diez años falleció Jimena— para asistir a una misa de acción de gracias el 31 de enero pasado, día en el que se cumplían los cien años de su nacimiento. Queríamos recordar y

* Abogado. Intervención en el homenaje a Dña. Jimena de la Residencia de Estudiantes.

avivar la memoria —como dijo con palabras verdaderas el capellán del Monasterio, Ángel Moreno— “de una mujer enamorada de la tarea de educar y de transmitir los valores más necesarios para formar en cada niño un hombre abierto a la verdad, sensible al arte, capaz de valorar la naturaleza, el trabajo artesano, el propio cuerpo y la dimensión trascendente de la vida”.

Nuestro tan querido y recordado don Rafael Lapesa, en un retrato de Jimena publicado en su libro *Generaciones y semblanzas de filólogos españoles*, subrayó que en el Colegio Estudio se consiguió “aunar la educación con el desarrollo de la personalidad de los educandos” y “sustituir el aprendizaje memorístico por la adquisición activa de los conocimientos” y que se “fomentaba el sentido de la responsabilidad, el uso de la libertad sin daño de la disciplina no autoritaria”. También Lapesa recordaba la prudencia con la que Jimena trató en el Colegio el problema de la enseñanza y práctica de la religión, creando “un espíritu de tolerancia respetuosa entre los que querían (esa enseñanza y práctica) y los que la rehusaban”. Entre los papeles de Jimena, que Carmen Vallina conserva con celosa fidelidad, papeles en su mayoría de tema religioso, figura una cuartilla en la que nuestra recordada amiga escribió sus reflexiones en torno a la virtud de la tolerancia: “La tolerancia no existe cuando no hay convicciones, ni supone prescindir de ellas, o haber hecho renuncia a ellas”... “La tolerancia significa reconocer a todos los hombres como posibles compañeros de diálogo”... “La tolerancia es uno de los modos fundamentales de la convivencia humana”...

Esta valoración del espíritu de tolerancia coincide con las ideas de don Francisco Giner, a quien conoció la niña Jimena en los últimos años de sus enseñanzas en Obelisco, 8. También he podido leer el texto de una charla de Jimena dedicada a evocar su época de alumna de la Institución y del Instituto Escuela. Y en un pasaje de esas cuartillas se lee: “Y ese recuerdo se ha ido agigantando, sobre todo al repensar sobre las clases magistrales (nunca mejor dicho) de D. Francisco y del Sr. Cossío. Aquellas de D. Francisco, quizás fueran las últimas que él diese, versaron sobre religión. Siempre he llevado conmigo la riqueza de penetración en aquel sondear el Padre Nuestro como oración universal”.

Avanzando en el tema que me ha sido dado para mi intervención, creo que no es aventurado decir que en el caso de Jimena más que de una conversión religiosa se debe hablar de una progresión en su fe cristiana. Sin duda en ello tuvo una clara influencia la actitud de su padre, de don Ramón, en los últimos tres años de su vida, cuando se manifiesta una creciente inquietud religiosa de la que nos dejó un fino y discreto relato Joaquín Pérez Villanueva en su biografía de don Ramón, de quien Pérez Villanueva aventura que “es muy probable que su fe consistiera en un deísmo no dogmático, pero comprensivo siempre para las creencias cristianas y atraído por ellas”.

En ese libro se cita un fragmento de la carta de don Ramón al P. Errandonea, amigo suyo desde que se conocieron en Oxford en 1922, en la que le agradece el pésame por la muerte de su esposa, doña María: “Ella, de ánimo tan austeramente religioso, sufrió, con ejemplar resignación, la larga enfermedad de crueles padecimientos (...) dejándonos consoladora edificación”.

Pérez Villanueva habla de que la muerte del doctor Marañón, a quien don Ramón quería y admiraba tanto, le impresionó por la religiosidad con que su amigo afrontó su muerte. En una conversación con Xavier Zubiri, don Ramón le declaró: “Yo he de morir cristianamente y en el seno de la Iglesia”. Y hay otro significativo testimonio: el del P. Llanos en una carta al P. Errandorena: “Yo he tenido el enorme consuelo de confesar y dar el Santo Viático a nuestro común amigo don Ramón, que había pedido se le dijera una misa en su habitación, y solicitó expresamente la absolución y la Extremaunción, que le administró el padre Ramón Ceñal”.

Por su parte, Julián Marías ha contado cómo un día, en los últimos años de don Ramón, éste le preguntaba por la otra vida y concretaba su interés en esta conmovedora interrogación: “¿Cree usted, Marías, que podré ver a los juglares?”.

Pero volvamos a Jimena y al Colegio Estudio, que en los últimos tres años publica un *boletín* de actividades y cuyo número tercero tiene carácter monográfico, pues está dedicado a las tareas desarrolladas en el ámbito del teatro y del guiñol, a lo largo de la existencia del Colegio, y allí se recuerda que “las fundadoras de Estudio cuidaron con verdadero fervor la dramatización de los mejores textos de nuestra tradición literaria. Sirva de muestra la escenificación del *Romancero* en 1947 o la representación del *Auto de Navidad* desde 1940”.

El *Auto de Navidad* es, como todos sabemos, obra construida por Jimena en la que se insertan textos del Arcipreste de Hita, Gómez Manrique, Juan del Encina, Fray Luis de Granada, San Juan de la Cruz, Góngora y Lope de Vega, y de otros poetas que constituyen las fuentes literarias del *Auto*, estudiadas por Pedro Álvarez de Miranda, antiguo alumno del Colegio. Estos textos fueron por Jimena escogidos y enlazados con plena armonía y encanto.

El *Auto* inicialmente concluía con la anunciación del Calvario que sufriría el Niño Jesús, pero años más tarde Jimena añadió una escena final en la que se habla de la Resurrección de Jesús, y el coro, acompañado por todos los pequeños actores y actrices, entona el emocionado y vibrante aleluya de *El Mesías* de Haendel.

La introducción de este final, lleno de alegría y esperanza y de profundo sentido teológico, era un signo muy expresivo de la fe religiosa que inspiró la vivencia espiritual de Jimena en el último tercio de su vida, años en los que dedicó tiempo y cariño a las monjas contemplativas de Buenafuente del Sistol, de cuya Fundación fue presidenta, y en cuya recuperación y en la del pueblo despoblado de extramuros, puso, como cabeza de un grupo fiel de amigos, un constante afán desde 1973, cuando el sacerdote Carlos Castro le habló entusiasmado de aquel Monasterio como lugar de recogimiento y oración. Y Jimena fue la autora, aunque de modo anónimo, de una *Guía del peregrino* al Monasterio, texto en el que figuran sus comentarios a las citas —de la Biblia o de la Regla de San Benito— que la historia de ocho siglos del Monasterio le inspiraba. Y a aquel lugar llevó en 1979 una representación del *Auto* en la que participaron niños de los pueblos del entorno y de un colegio de Guadalajara.

Jimena gozaba en Buenafuente con el paisaje en torno del Monasterio, tierra del Alto Tajo en donde nos asombraba sabiéndose el nombre de plantas, arbustos y árboles —tomillo, cantueso, romero, espliego, hierbabuena, sabinas, enebros, robles...— que, quizá, le recordaban sus caminatas de otros tiempos por la sierra madrileña. Hay un párrafo en su *Guía del peregrino* bien expresivo: “Un paseo en el monte se hace meditación. El paisaje te envuelve en lo creado. Las rocas son murallas puestas en pie por fuerza imperiosa que las sacó a la luz, cuando dormían ocultas en el seno de la tierra; la cinta verde y plata de las aguas del río en lo profundo del Tajo que han labrado, te abruman con millones de años de existencia. El fuego otoñal de la hoja de los bojes te habla de otras escalas de tiempo, más humanas. La yerba, multitud de tiernas criaturas que pisas sin reparo...”.

Termino ya, pero no quisiera dejar de mencionar la activa colaboración de Jimena en la Comisión de Liturgia que actualizó los textos del *Leccionario* tras el Concilio Vaticano II.

En verdad creo que todo en la vida de Jimena fue ejemplo y lección para sus alumnos y para cuantos fuimos sus amigos y admiramos su fidelidad a los principios y valores recibidos tanto en su hogar como en la Institución en las que fue formada. Una fidelidad que se manifestó en su defensa del legado de don Ramón, al impulsar la iniciativa de la Fundación Menéndez Pidal que —bajo la presidencia de don Rafael Lapesa y la dirección de Diego Catalán, y con la generosa ayuda de la Fundación Ramón Areces— custodia, estudia y continúa la obra del eximio historiador y filólogo.

Y nada más sino que me parecía justo y necesario recordar que la vida y la obra de Jimena Menéndez-Pidal constituyen un capítulo esencial de la historia de la educación y de la espiritualidad de la España de nuestro tiempo.